

en tiempos románticos se quedaba en lo pomposo, se ha evitado, desarrollando galanamente la virtud de la elegancia, por ejemplo, como base de la orquestación total. Un retrato no sólo tiene que ser una verdad incontestable, sino una verdad orquestada. Y Goya demuestra en su "Marqués" de fábula cómo lo decorativo, cuando se deriva del entendimiento profundo de las verdades de un retratado, puede servir de armonizador, de totalizador de todos aquellos valores descubiertos por el pintor. Lo decorativo en este retrato no "rellena", sino que "armoniza". La conquista expresiva lograda por el artista es de tal importancia, que los valores de lo elegante, creando un clima de pura elegancia, sirven a Goya para "amenizar" en cierta manera lo descubierto en la psicología del marqués. No hay aquí "amabilidad barata" puesta a disposición del retratado. En este cuadro, los valores secundarios están tan inventados como los conseguidos a fuerza de talento de la mina psicológica correspondiente. Y de esta manera el caudal conquistado por el pincel del artista discurre, con una naturalidad sorprendente, por un cauce decorativo de la máxima nobleza.

Nosotros diríamos que "El marqués de San Adrián" podría titularse genéricamente "Retrato de un noble del tiempo". Los valores mayestáticos y los valores populares están tan bien conjugados en la unidad artística correspondiente, que ningún trabajo cuesta entender el sentido de una nobleza muy considerada con el garbo de lo popular. "San Adrián" resuelve en este retrato toda su nobleza, en un garbo elegantísimo, pero nada descontento con lo popular de la época. Goya ha entendido al "marquesito" en su prodigioso cuadro como a un ser lleno de vida, galanura y algo de cinismo, porque, para eso era un buen entendedor. Todo ello, todo el

resultado de sus averiguaciones, quedaría desgarrado, arisco y agrio si Goya no fuese el retratista moderno más extraordinario, como puede verse. Pero la dignidad decorativa, ese valor que lo moderno ha conquistado a través de muchas experiencias, canta en esta obra a pleno pulmón, según fácilmente se deduce. Y el entendimiento de una vida en un plano decorativo tan digno tenía que dar como conclusión este retrato elegante, majestuoso, soberbio, del que ha huído todo el retórico e inútil empaque de los retratos anacrónicos.

Ya es difícil conquistar una elocuencia justa, precisa, libre de toda ganga grandilocuente. Ya es asombroso evidenciar la nobleza de una criatura, disolviéndola graciosamente en un clima de tal rango decorativo que no alieve superficialmente semejante condición. Si este "Marqués de San Adrián", ceñido, preciso, justo, no hubiera sido entendido a la luz del concepto más moderno, hubiera resultado pomposísimo. Como la criatura retratada por Goya no sólo fué comprendida de la manera más inteligente, sino desarrollada después, como tal retrato, en un clima decorativo de una dignidad altísima, parece de verdad. Lo real, "lo realista", necesita de lo aparente en el plano del retrato, y así se superficializa. "La verdad", lo tan profundamente sentido, la inteligente conquista goyesca, no pide más que ser integrada en un clima donde la virtud de la elegancia lo haga trascender redondamente, pero sin ninguna pomposidad. Por ello, no nos parece inútil asegurar que este retrato no tiene nada de lo que llamamos "retrato realista". Puesto que, sin ser una cosa idealizada, adulada, alcanza a resolverse en un mundo de valores inteligentes y expresivos tan verdaderos que no necesitan más que mostrarse con impresionante sencillez.

Para detalles y suscripciones dirigirse a las Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina de cada provincia respectiva.